

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertéense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado.	1'50 ptas.
Número suelto.	0'15 "
Número atrasado.	0'20 "

Pasado, presente y porvenir del trabajo

(Conclusión)

V.—EL TRABAJO EN LO PORVENIR

Cada año, al terminar mis largas informaciones documentales sobre el pasado y el presente de la humanidad, intento prejulgar las formas sociales todavía envueltas entre los misterios de lo porvenir, y esfuérmome en hacerlo de una manera tan científica, tan sociológicamente como sea posible, prolongando sencillamente la curva de una evolución bien y debidamente comprobada dentro de los límites de una exposición muy general. Tan grande es la complejidad de los hechos sociales, que es casi imposible figurarse anticipadamente y en todos sus detalles, un nuevo tipo de organización social; pero puede uno atreverse á bosquejar vistas de conjunto, á prever los resultados futuros que ya pueden deducirse del pasado y del presente de las civilizaciones. Esta vez, también, opto por el mismo método.

Indagando sobre todo el género humano, hemos visto nacer la esclavitud durante la fase todavía bestial de la evolución social y empezar por hacer del esclavo, desde sus comienzos, un artículo de comer, después una bestia de carga sobre la cual tenía el amo toda clase de derechos. En una segunda fase, se ha convertido el esclavo en siervo; y entonces ha reivindicado el amo principalmente, la mayor parte posible de los frutos de su trabajo, pero alegando el yugo que sobre la propia persona pesaba. En tercer lugar, ha sucedido el asalariado al siervo. Durante este periodo, el último hasta ahora, la persona del obrero es, según los principios, libre; pero, para vivir, debe cada día enajenar su libertad proclamada por la razón y sujetarse á los más duros, á veces á los más peligrosos de los trabajos; esta obligación se convierte en ine-

ludible, por tener como consecuencia el abandono y la muerte.

¿Esta última forma atenuada de la servitud debe persistir mucho tiempo todavía? No es probable de ninguna manera. Sin duda, la primera fase del trabajo, la fase absolutamente esclavista, ha durado millares de años; la fase segunda, la de la servitud, aunque de mucho menos duración, ha sido, sin embargo, muy larga; pero la tercera, la del asalariado, cuya generalización, no obstante, es muy reciente, comienza por parecer intolerable á los que soportan su peso, y al mismo tiempo, á los demás, de una equidad bastante dudosa.

Y es que todos los progresos se encadenan y un adelanto da lugar á otro. Para que se resigne el hombre pasivamente á la esclavitud ó en general al trabajo servil, todo el medio social ha de contribuir á crear un estado mental no muy diferente de los animales domésticos; autoridad política, autoridad religiosa, instituciones, todo tiende únicamente á enervarle, á paralizarle su inteligencia y su razón, á arrancarle hasta la idea de un porvenir mejorado y á borrarle el sentimiento de justicia más insignificante. Pero en los países organizados á la europea, después de la destrucción completa del edificio feudal por las sacudidas de la plebe; después de haber muy alto proclamado el reinado final de la igualdad, y el reinado de la ciencia; después que los prejuicios medievales que sostenían el mundo antiguo han quedado destruidos; después del esfuerzo para iluminar todos los espíritus y substituir la remota virtud de la obediencia por la iniciativa individual, las crueles desigualdades sociales que antes no preocupaban ni á opresores ni á oprimidos, no pueden ya sostenerse, porque difícilmente podrían justificarse.

Sin duda, en nuestras sociedades mercantilizadas, el dinero es el señor soberano; bien ó mal adquirido, confiere á su detentor poder, privilegios, pero no el derecho al respeto. La abolición del salario será, pues, imprescindible.

ble, y nuestras sociedades contemporáneas se ahorrarán quizá pruebas penosas, si, mirando resueltamente cara á cara la situación, confiesan la necesidad de una reforma y encarrilan la corriente, en lugar de oponerle diques infranqueables.

¿Es decir, hay necesidad, de una manera brusca y sin preparación suficiente, instituir un orden de cosas radicalmente diferente del antiguo? De ningún modo. Estos ensayos de transformación intentados de golpe y porrazo nos enseñan que las profundas revoluciones sociales deben fiarse á la evolución. Claro que no debe pretenderse la conservación, aunque fuese por un sólo día, de un estado social inicuo, si hay posibilidad de substituirlo por una organización mejor; pero una larga experiencia, tal como resulta de la misma historia de la humanidad en todos los países y en todos los tiempos, nos enseña lo imposible que es renovar por un efecto teatral las instituciones verdaderamente esenciales. Pueden improvisarse, es verdad, las revoluciones políticas, porque son sencillos cambios de la etiqueta, que cada forma social lleva encima; pero al querer modificar la organización íntima de las sociedades, se presenta muy diferente el asunto: casi siempre los reformadores no abarcan el problema con todos sus resultados, y, principalmente, porque las resistencias á vencer son más difíciles de lo que á primera vista parecen. Las clases privilegiadas, en un momento dado, se levantan como un solo hombre desafiando á la muerte, y sobre todo para darla si es necesaria en la defensa de lo que ellos llaman sus derechos. De otro lado, la masa de los infimos, de los sacrificados, de tiempo está acostumbrada al yugo; puede, á penas, concebir claramente la posibilidad de mejorar su suerte, y, á menudo, combate á sus redentores demasiado impacientes. Debiera convencerla desde luego, pero ésto es bastante difícil, puesto que la propia minoría emancipadora no puede ofrecer á la mayoría rehacia más que puntos de vista todavía poco prácticos, planes mal estudiados, cuya realización es siempre difícil si no enteramente imposible, á lo menos realizarlos de la noche á la mañana.

Y todo porque lo complejo de los grandes problemas sociológicos es grande. Sólo la experiencia, siempre tardigrada, nos muestra lo que hay de verdaderamente útil en tal ó cual reforma á primera vista muy seductora. Necesitan las grandes reformas sociales para llegar á término, un lapso de tiempo correspondiente á su importancia. A menudo las retardan, queriéndolas apresurar demasiado; débeseles abrir el camino lentamente. Ahí va

un ejemplo. Lo probable es que el régimen actual de nuestra propiedad quiritaria, individual al exceso, se transforme en un usufructo vitalicio rigurosamente proporcionado con el mérito social de cada propietario; ¿pero quién se atreviese á establecer por medio de un simple decreto ese nuevo estado de cosas tendría probabilidades de sublevar inmediatamente una mitad de la población contra la otra? Ahora bien, es fácil realizar esa gran reforma sin violencia ni expoliación, sencillamente, aumentando poco á poco, progresivamente, durante un número suficiente de años, los derechos de sucesión que percibe el fisco. Cosa igual debiera hacerse para la abolición de nuestro salario manufacturero. De momento, hay que hacerla preceder de una reforma radical política; como preliminar, débese romper el molde imperial y romano en el cual han sido fundidos la mayoría de nuestros estados europeos; es necesario reemplazarlo por un régimen federativo, dividir los grandes Estados en cantones, en ciudades primero, gozando de una amplia autonomía. Fundándose en la experiencia, cada una de esas ciudades ensayaría la manera de reformar, en su seno, el asalariado. Una vez encontrado el método mejor, sería pronto adoptado por los demás cantones ó ciudades; pero *á priori* y de un golpe, con dificultad se imaginaria por centenares de millones de hombres.

No obstante, sin prejuzgar las medidas más convenientes en adoptar, y que podrían variar, y deberían diferir, según las diversas comarcas, puede uno formarse una concepción general del fin deseado. Volver en todo y por todo á la pequeña industria familiar de otros tiempos sería actualmente imposible; pero la gran maquinaria debiera relegarse á los trabajos é industrias de utilidad general y de interés para la ciudad toda. Pues en justicia lo que es útil á todos ha de ser obra de todos. Pero de ninguna manera hay que establecer un socialismo del Estado, una servitud generalizada, análoga á la del Perú antiguo. El hombre moderno, el hombre civilizado y moralmente libre, de ninguna manera aceptaría ese régimen de servitud. Sólo podrá atentarse contra la libertad individual, cuando lo reclamer las necesidades sociales y aún en una medida estricta. Aquella idea, la de los ejércitos industriales, lanzada en otro tiempo por Fourier en medio de sueños irrealizables, hallaría aquí su aplicación práctica. Pero la gran reforma deberá preceder á la del asalariado. Pueblos (no existen todovía) muy inteligentes y muy justos queriendo, entre los mismos, abolir á toda costa el trabajo servil y

abrumador, impuesto solamente á una clase numerosa de desheredados, seguramente habrán renunciado desde luego á la guerra. Podrán, pues, con oportunidad organizar la población joven y viril, no en batallones y regimientos enseñados para destruir, sino en cuadrillas más ó menos numerosas, trabajando, con relevos tan frecuentes como posibles, en las grandes obras mecánicas ó industriales, las cuales son imprescindibles en una sociedad civilizada. La explotación de las minas, la perforación de los túneles, la apertura de canales, etc., con la mayor cantidad de máquinas y el menor esfuerzo posible de fatiga y de peligro, por ciudadanos libres, con plena conciencia de un deber social á cumplir, realizando alegremente un trabajo que ya no sería servil, porque los excesos habrían cesado al desaparecer la especulación mercantil. Determinados grandes talleres, fábricas, podrían organizarse de un modo análogo, no en vista de los beneficios sino teniendo en cuenta unicamente la utilidad pública.—La pequeña industria quedaría, sin embargo, libre, y se ocuparía en la producción de objetos que dependerían más del trabajo individual que del trabajo colectivo.—Entonces, la era del trabajo esclavista, obligatorio y explotado, teniendo por objeto principal enriquecer á los que no lo producen, desaparecía por siempre más.

Esto no es sino una aspiración, por mucho tiempo utópica; pero un porvenir más ó menos próximo reserva á las naciones civilizadas una organización de esa naturaleza. En este sentido, ha de realizarse una reforma muy profunda. Esperamos que se verificará sin convulsiones sociales, de un modo pacífico, por medio de una evolución regularizada que no turbarán á lo menos con consecuencias importantes, ni el egoísmo de los unos ni la cólera de los otros: dos pasiones ciegas por igual.

Cumplida esa evolución, la humanidad civilizada será libre. Entonces, y sólo entonces, podrá perfeccionarse física, moral é intelectualmente, y dar, por último, toda la medida del progreso latente que en sí lleva, y gustar con toda plenitud, por vez primera, de la dicha del vivir.

SONET

MA PRIMSESA

Set d' Ideal tingué l' ànima meva
i el cercá en la flogíssima boirina
qu' extén per l' espai l' auba matutina;
el cercá inutilment, empró, sens treva.

Bellas planas seguí verdas de gleba;
guaití del sol la cèlica polcina;
á la lluna vegi solcar llatina,
guiant astres d' ull viu llur gran esteva...

Ni auba, ni plana, ni el sol, ni la lluna,
les llums d' Ideal no 'm daren tot-d-una.

Corrent pèl mon, plorant l' ilusió morta
la meva ànima un jorn restava absorta:
Restava absorta al veurer ma *Primpesa*:
Dona Ideal, consol en ma tristesa...

PERE MASPONS I CAMARASA.

REFRANES JAPONESOS

Un buen escritor no escoge nunca la pluma.

No hay remedio para los locos.

Cuando ladra un perro sin motivo, á centenares son los perros que le imitan.

Los hombres honrados y los pobres son fecundos.

Así como las botellas tienen boca, las paredes, oídos.

No hay comerciante que no sea enemigo de los demás comerciantes.

Los médicos son los que menos se preocupan de sus dolencias.

Del *Die Gegenwart*.

A QUI NO M' AYMA

¿Qué no estich trist me dius? Ay! tu t' enganyas.

Jo tinch tristor;

Y sé ma dolsa aymia que no acompanyas

Tú mon trist plor.

No tinch tristesa, 'm dius, y ab veu melosa

Aumentas mos afanyas.

¿No tinch tristor? Per tú perla preciosa

Pateixo fa molts anys.

Pateixo molt per tú, nineta, d' anyoransa,

Y tu molt trist me veus,

Y sempre ingrata, no 'm dons ni una esperansa,

Ni 't dols dels torments meus.

Jo peno y tinch tristor porque m' enganyas

Ab ton mirar.

Estimam donchs, ó arrencam las entranyas,

Vullgam matar.

JOSEPH ALSINA.

EN BUSCA DE LA MUERTE

(DE LA NOTABLE ESCRITORA SUECA SOFÍA ELKON)

Fué la última que sacaron de entre el herraje del destruido vagón. Las tablas y los tirantes que, muerta, la aplastaban, reteníanla con toda su fiereza. Era como si se hubiesen adelantado en servirla de ataud, ó se hallara en su lecho de muerte, y buscando contemplarla á sus anchas, se aprovechaban de la luz de la linterna de los empleados del ferro-carril, que iluminaba su rostro cadavérico.

—Ha muerto en el acto—dijo el médico, mientras señalaba la herida sangrando en la parte superior del cráneo y observaba la expresión tranquila del rostro de la difunta. Y añadió:—En realidad de verdad, estaba ya muerta cuando fué lanzada contra el suelo del vagón y su cuerpo hundido y aplastado por este montón de herraje.

Dió orden para que la condujesen en la única sala de espera de la pequeña estación, que, precipitadamente, había sido transformada en hospital.

Viajaba sola en un reservado para señoras y nadie la conocía. El brazo derecho, destrozado del todo, lo tenía debajo el cuerpo, pero en su mano espasmódica y cerrada, conservaba la infeliz una carterita. Dentro de ella se darian con indicios respecto á su dueña. Contenía la bolsa interior algunos papeles, que en vano se esforzaba el jefe de policía en descifrar.

—¿Está escrito en alemán ésto?—preguntó á uno de los viajeros que allí se encontraban alargándole el papel.

—No, en sueco—dijo una voz detrás del mismo.

—¿Una compatriota quizá? ¿Es usted sueco?

—Sí, señor.

—Caballero, tenga usted, pues, la bondad de leerlo por si hay su nombre. ¿La conoce usted por casualidad?

El viajero apartó el sombrero que tapaba la cara de la víctima y retrocedió hondamente conmovido. Quedóse un momento frente á frente contemplándola. Durante aquellos instantes de angustia, había visto cosas espantosas, personas aplastadas, miembros mutilados, sangre por todas partes, pero sin poder distinguir, no obstante, rostros humanos.

Pero el de la joven, iluminado solamente por la linterna del jefe de policía, estaba intacto del todo. Ninguna mala impresión causaba el contemplar aquella fisonomía hermosa. Sus carrillos, con las redondeces de un niño, parecían como si desearan una caricia. Sobre aquella frente, desordenados, posábanse pequeños rizos de su cabello tirando á oro. Por sus labios vagaba una sonrisa enternecedora con ciertos aires casi de solemnidad. Tenía los ojos cerrados. El efecto era de que dormía y que con aquel sueñecito había ido en busca de la muerte.

—¿Así, caballero, no conoce usted á la señora?

—No.

—Pues tenga usted la bondad de repasar

estos papeles y ver si encuentra algunos datos acerca de esta infeliz.

La mano que los alargaba, temblaba tanto como la que los recibía, y por eso las diminutas hojas se movían nerviosamente. Estremeciase el viajero como si realmente tuviera frío, aunque aquella noche de Septiembre era dulce, casi sofocante.

Ni una palabra comprendió al principio. No sabía desprenderse de lo que á su alrededor sucedía. Allí, afuera, en el andén, reinaba una actividad incésante. Veíanse corriendo, arriba y abajo, las linternas de los empleados intentando iluminarlo todo. Un grupo de obreros, en medio de los restos del tren desgraciado, se afanaba para dejar la vía libre. Resonaban los martillazos, rechinaban las sierras y las palas no tenían un momento de reposo. Desde el furgón, arrastraban los cofres medio deshechos, los baules destrozados. Los pitos daban señales y el vapor gemía dentro de la máquina. Rugíase y gritábase, con órdenes por aquí y contraórdenes por allá. Pero más espeluznante que el alboroto y los gritos de los de fuera, era el gemir de los heridos de la estancia contigua y el silencio de muerte que dominaba en la sala aquella.

Tenía el papel muy cerca de la lámpara, y se esforzaba en concentrar su pensamiento. Eran hojas de papel de cartas, escritas apresuradamente por mano de mujer, y que la desgracia ponía á la vista de todo el mundo. Al comenzar la primera página, estaba la fecha del día anterior: «6 de Septiembre, á las 2 de la tarde.»

Sacudiéronle sus nervios una vez más. Su fisonomía tomó un tinte sombrío porque se imaginara que el brazo roto se movía como queriéndole arrancar el papel de las manos y retenerlo, á pesar de muerta, en las suyas.

No, era una ilusión. Ella seguía con su silencio de muerte, bajo las blancas sábanas. Aquel silencio de muerte solemne, tradúcelo como una petición, como un ruego que la muerta le dirigía, para que no profanara sus secretos. Después de mucho bregar llegó á entender lo que aquellas hojas decían.

—Sé á lo que me obliga el secreto—murmuró igual que si lo dijera á sí mismo y á la que estaba de cuerpo presente.

Y leyó:

«Pensar que con una palabra mía hubiérame hecho venir á mi lado, que habría comparcido al momento... y que yo esta palabra no puedo decirla.

»Pensar que lo único que por él puedo hacer, es desligarme de su vida, como, dentro de algunas horas, desapareceré de esta ciudad, sin presentir él siquiera que yo tan cerca suyo he estado. Sin que él sepa que yo le amo.....

»No lo sabe, no. Ni una palabra, nada he contestado á su carta. Con mi silencio ha creído que me tenía mortalmente ofendida y que yo deseaba que entre los dos concluyera para siempre todo. Todo... amistad, confianza, relaciones, lo que ilumina la vida mía y constituía mi felicidad... todo, todo.

»¡Sí, su carta terrible agravíome de muerte, y fuera el motivo de acabar de una vez con él si yo no le amara!

»¡Parecíame que la carta quemaba, y que sus palabras dabanme de latigazos y de golpes, que me atraían con sus halagos y me prodigaban caricias, mēdigaban nuestro mutuo amor, clamaban felicidad!

»Unas veces me abismo en ésto, otras surgen de mis recuerdos aquellas cartas de amor, ardientes, apasionadas, que tengo pegadas á mis ojos, como de estar escritas con llamas. Repito las palabras, me ensayo en traducirlas á mi propio lenguaje, y atentamente escucho á mi lacerado corazón, por creer que en realidad se lamenta. Y mientras así yo me escucho percibo el rumor de una voz lejana que llega hasta aquí hipnotizándome. Dícame, con palabras agudas como puñales, que estoy llena de preocupaciones y soy cobarde, puesto que no me arriesgo en alcanzar la felicidad que él me ofrece. Dejóle murmurar á mis oídos palabras seductoras y convincentes, que me diga que á nadie hacemos infeliz, porque nosotros somos dichosos, y no podrán presentirse nuestros amores, á lo menos por ella, su esposa. Tiemblo de ansiedad si me pide donde estoy... ¡él pedírmelo á mí! Y cuando habla de la vida, tan corta y tan insegura...

»¡Si pudiera arrancarme esta pasión, que al encontrarme sola con mi pensamiento llena todo mi sér! Es lo que él me decía: «Tu debes pertenecerme; á mí solo...» y las demás ideas y sentimientos huyeron de mi cerebro y mi corazón para dejar sitio á las ideas y pensamientos suyos... ¡Nunca como hoy había suspirado tan ardientemente por él!

»¡Por qué he venido aquí! ¿He sido feliz al respirar, por poco tiempo, el mismo aire que él respira, imaginarme que la campana del hotel es la de su casa... los pasos que oigo en la escalera son los suyos...? ¡Pero por qué he venido!

«Parto otra vez con el tren de la noche. Vuélvome hacia mi patria y ésta será la última estación en la cual me detengó. Después, en mi casa me tocará un inacabable vivir... sola. ¡Ah, no es corta la vida en una tan joven como yo!

«No aguanto por más tiempo en este cuarto húmedo del hotel. El porque lo hago no sé. A nadie debo esperar aquí. Salgo. No he de temer encontrarle. Me parece casi increíble que pueda toparme con él...»

* * *

Algunas horas más tarde.

«Paseé por el estrecho y anguloso sendero de la montaña, traspuse el río y seguí costéandolo bajo aquella hermosa tupidez de los árboles. Desde lejos distinguí el antiguo castillo. Al primero que me encuentro preguntóme sobre el mismo, y me da noticias de á quien perteneciera y de quien lo habita. Es un orgullo para la localidad tener el político afamado veraneando entre ellos, en aquel histórico castillo, en el cual nació.

»Dijome que estaba el portal cubierto de rosas escogidas y el propio castillo como encamado en un lecho de verdor. Y es verdad.

»Desde allí, de lo alto, he mirado adentro por la ventana que según se me ha indicado; vá á su gabinete de estudio. He visto en el

jardín á una pareja de niños jugando... sus hijos. Las esperanzas, locas y dolorosas, de que apareciese, me estremecían, y hui sin saber hacia donde, llena de ansiedad, por si salía él.

»¡Un año ha transcurrido desde que le ví por vez última, y dos que nos conocemos. Bien me recuerda todavía la sensación que causó en nuestro hotel al divulgarse que aquel hombre tan alabado debía venir por allá. Me molestó que se le hicieran tantos cumplidos... y hasta yo me dejé caer en su círculo mágico. Supo imaginarse con que dejarnos á nosotros del todo encantados! A mi padre lo propio que á mí. Me lisonjeaba en extremo que él se dignase pasarse largos ratos á mi lado y conversara conmigo. Hablaba de cosas políticas. Y hablaba también de su mujer y de sus hijos.

»¡Cuán dichosa al recibir en año nuevo su primera carta y pidiéndome costestación! ¡Y aquí del orgullo mio con aquella serie de cartas! Escribíame sobre todo, de lo que realmente se puede escribir, pero de amor ni una palabra. Por entonces no nos amábamos. Yo ni por pienso. Pero al darme cuenta de que yo le quería, cesé de escribirle.

»Y ahora, de pocos meses, recibí la suya.

»¡Oh, qué carta!

»Estoy en el cuartito del hotel y escribo para matar el tiempo. Ante mí, sobre la mesa, hay un puñado de tierra que, del cercado de su parque, he podido coger; tierra que han pisado sus pies. Es lo único que me llevo de aquí.

»Dentro de una hora parto.

»¡Me extraña que nada haya ocurrido, nada ocurra, ni ocurrirá! Toda esta tarde me ha alimentado la esperanza que probablemente él presentaría que yo estaba aquí, que vendría sin llamarlo, sin ruego mio, por una casualidad, sin preparación alguna.

»Le esperaba cuando seguía costeando el camino calcáreo, cuando me encontré delante la alambreira de su finca y ví á sus hijos jugando... esperaba que por un momento lograría verle, sólo por un momento. Siéntome á tal extremo cobarde y sin esperanza, que me considero más desgraciada que no era...

»¡Nó, no puedo partir si no le he visto primero! ¡Hasta mañana no me voy! Me llegaré á su torre ó le mando á buscar para que venga aquí. Bien ó mal hecho que me importa. Suceda lo que suceda, me es igual. Me quedo

* * *

»Hay en mi cuarto un balcón que da á un peñasco calcáreo. Es un peñasco muy elevado, casi una montaña. Puéblalo un jardín, y se ve cruzado de cortos paseos y sendas. Arriba está la vieja ciudadela, por cuyas ventanas parpadea la luz. Brilla la luna, y derrámase su blanca claridad, vigorosa é intensa, por las peñas; una claridad que sé cuéla por todas partes y no retrocede ante los obstáculos; claridad que con la propia luz del día se confunde. De los rayos de luna, los más hermosos; más bellos, que los melancólicos sonados, que los románticos y poéticos, entre vistos, que los dolorosamente sentidos, que

lo más hondamente agradado del alma... incluso los deseos vehementes de amor.

»Salgo al balcón y extiendo mis brazos hacia la ciudad dormida, y busco el blanco castillo, y pienso que el no dormiría a saberme aquí, y que velando ó durmiendo sus sueños, sueño, abrasándome su querer.

»¿Será esto hipnotismo con el cual él me domina? Parece un sueño soñando, un pensamiento pensando, y con espanto veo que la decantada libertad humana no existe; siento sólo irresistible deseo ciego que me impulsa hacia abajo, hacia el jardín, á pasar el puente, á seguir bordeando el río, y después, hacia allá... hacia allá para decirle: ¡No me abandones, no me abandones... dame tu mano, y ponla en mis ojos, y déjame llorar en tus brazos! Y con mi mano en los ojos, lloro, lloro como no había llorado jamás.

»Y las lágrimas me consuelan...

»¡Nó, nó, no lo haré! No me quedo aquí ni un día más, ni aún para contemplar una noche de luna. Es hora de partir. Parto.

»Dentro de poco estaré ya en el tren, que me conducirá á través del ancho río. Al ver de nuevo los rayos de la luna esparramándose por la montaña calcárea, y al pasar la máquina silbando por delante del blanco castillo, murmuraré una bendición para él.... y para su familia, cuya paz no quiero destruir...

»Y gracias á Dios que he logrado vencerme en estos instantes de lucha y de tentación...»

* * *

Estúvose el viajero sentado un rato con la mano tapándose los ojos.

—Si ella se hubiese quedado—entre dientes dijo él—si ella se hubiese quedado...

En su fantasía, agitábanse las dos ideas como luchando entre sí:—¿Era para ella preferible ir en busca de su enamorado ó perecer destrozada? ¿Hubiera sido más feliz con lo primero que con lo segundo?

Y pensaba, derecho ya, ante el cadáver de la joven, disponiéndose á abandonar la sala:—¿Qué es lo que determina, lo que prevalece: la Providencia ó el acaso?

Porque le ha bastado á la desgraciada, toparse, esta noche, con las negras alas de la muerte, para que de un aletazo quedara sin vida. Iba terriblemente conmovido, y, entonces, no podía persuadirse de que acaeciesen las cosas sin plan ni finalidad. Convenciöse que el mundo gobernado y dirigido era, y con labios temblorosos balbuceó:—¡Dios mío! cuánto te agradezco que me hayas disipado la duda. Sí, creo, hay Providencia...

TRADUCCIÓN DE V.

CRÓNICA

El Ministro de Agricultura ha concedido á esta villa escuela y campo de experimentación agrícolas.

Uno de los pudientes propietarios de estos alrededores ha ofrecido á la Diputación pro-

vincial, que es la encargada de escogerlos, los terrenos apropiados para el caso.

No hay duda que es de trascendencia la concesión, no sólo para esta villa sino para to la la comarca.

Reservamos el ocuparnos de lo mismo otro día.



Las obras puestas en escena por la compañía de aficionados de *La Unión Liberal*, aunque con algunas vacilaciones, fueron bastante bien desempeñadas. En el drama se distinguieron los Srs. Boix y Llobet, y en la pieza, los Srs. Boix, Capella y Pujol, principalmente este último.

La entrada escasa. Se ve que el público, pre-dispuesto á todos los sacrificios cuando es cuestión de danzar, ni aun que le ofrecieran monedas de oro, oro de ley y con el peso en regla, logran siquiera hacer'e asomar, tratándose de funciones teatrales, á la sala de espectáculos.



Dentro de pocos días verá á luz un monólogo, estrenado en el citado teatro, rotulado *¡Trompa!*, de D. Francisco Bassas.



Han fallecido esta semana la esposa del Sr. Trias, D. Francisco Carrencá y D. Miguel Orriols, á cuyas respectivas familias damos nuestro pésame.



Proyecta el Ayuntamiento, para uno de los días de la Fiesta mayor, una tómbola á beneficio del Santo Hospital. Hay deseos de que sea de importancia y dé grandes rendimientos, dado el objeto benéfico á que va destinada.



El pasado lunes rompió el fuego de las fiestas de barrio el de Santa Elisabet. Su calle estrecha y ensombrecida, parecía desarrugar su ceño adusto, y mostrarse con un aspecto risueño y animado como convenia para halagar al gentío bullicioso, que, con el afán del goce deseado, iba con presuras á visitarla.

Plácida la noche, guapas las mujeres, con la guapeza de las granollerensas, con sus trajes claros, pegados á sus formas engolosinadoras, dada á la gresca la concurrencia, tocando la música, y la calle despidiendo por sus tiendas vaho de pescado y de vino, y por la multitud vaho sudoroso, mareante, y donde quiera, las parejas de la juventud esperanzada, diciéndose sus cuitas y entonando, con la palabra balbuciente en los labios, y las

sacudidas de su ardoroso corazón, el himno al amor, para ellos siempre santo y sagrado...



El rayo que la semana pasada cayó en estos alrededores, dió un susto de padre y señor mio á los colonos del manso Camp. Durante mucho rato, pasmados, pensaban que había dado en la propia casa; pero después vieron que había sido en un campo cercano, propiedad de Carmen Cassañas.



Nuestra Iglesia Parroquial estuvo concurridísima el domingo, principalmente por la tarde, con motivo de la conclusión del mes dedicado al Sagrado Corazón. Tres sermones dijo el padre Cardona: uno al repartir la sagrada forma, otro en el oficio y el último por la tarde. En todos hizo gala de su palabra facilísima.



Mañana el barrio de San Cristóbal celebra su fiesta. Por la mañana habrá el tradicional oficio, y por la tarde, cerca de la capilla, se servirá café al aire libre; á las 3, concierto, y después bailes y sardanas en las demás calles. Por la noche, igualmente bailes y sardanas. La iluminación será con lámparas de gas acetileno, y la calle adornada con arcos de follaje, banderas, etc.

La orquesta *Los Agustins* está encargada de la parte musical.

La parte del barrio correspondiente á la calle de Ricoma la celebrará el sábado con la orquesta *La Moderna*.



Parece que se habilitará un local en la calle de San Roque para dar bailes en el mismo.



En vista de la gran aceptación que ha tenido la Exposición Local de Tarrasa, se nos suplica hagamos público que el Ayuntamiento de aquella ciudad, de acuerdo con la Compañía del Norte, se ha acordado prorogar dicha Exposición hasta el día 18 del actual, igual que los billetes de ida y vuelta.



En los exámenes celebrados el martes último en el Conservatorio del Liceo, ha obtenido en el 1.º y 2.º curso de fiscorno, la calificación respectiva de primer y segundo premio el aprovechado joven Juan Sendra, hijo del ex-profesor de flauta de la orquesta *La Catalana* D. Esteban Sendra.

En el citado día se examinó del 1.º curso de contrabajo, distinguiéndole el Jurado con el segundo premio. Le felicitamos cordial-

mente por las honrosas calificaciones que ha obtenido.



A las 9 de esta noche Sardanas en el Casino de Granollers.



Según noticias que nos comunicó uno de estos días un fabricante de esta villa, íntimo amigo nuestro, el algodón ha sufrido una relativa baja. A su parecer dicha materia se comprará, dentro poco, más barata, pudiéndose ocupar en las fábricas á infinidad de obreros, que debido al aumento extraordinario del algodón tuvieron de pararse centenas de telares.



El lunes por la noche, llegó á esta, en automóvil, procedente de Puigcerdá, el ex-ministro de la Guerra D. Valeriano Weyler, hospedándose en la fonda de Europa, y saliendo á las 6 de la mañana del siguiente día en dirección á Barcelona.



Se han verificado los exámenes de las Escuelas Públicas.

PASATIEMPOS

JEROGLIFICH

V I I D

I I

T

I I

M N A

F. M.

ADIVINANZA

¿En que se le parece Madrid á un cuchillo?
BOHEMIO

TRENCA-CLOSCAS

Adela Serra y Sojols.

Formar ab aquestas lletras degudament combinadas, lo titol d' un celebrat drama catalá

E.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Charada.—Barbarroja.

Jeroglifich.—Com mes caminas mes te cansas

Imp. Cucurella, Corró, 9.—Granollers.

A N U N C I O S

CENTRE DE SUSCRIPCIONS

á tota classe d' Obris y Periòdichs

ENCUADERNACIONS: sencillas y luxosas

OBJECTES D' ESCRIPTORI Y DIBUIX

Gran assortit de TARJETAS POSTALS

Llibres ratllats de totes classes

AGENCIA D' ENCÀRRECHS PER BARCELONA
cumplerts ab exactitut y personalment

Sellos de goma, llibres per escoles, pa-
pers de fantasia, cigarrereras, moneders, lle-
tras pera brodar, felicitacions, tintas, his-
torias, revistes, modas, patrons, etc.

FELIU ESTAPER

SUMERAS, 2.—Darrera 'l Cafè de Sinia
GRANOLLERS

L' UNION

Compañía de seguros contra incendios: casas,
muebles, cosechas y ganados.

LA NEW-YORK

Compañía de seguros sobre la vida: vitalicios,
temporales, con ó sin devolución de primas.

L' ASSICURATRICE

Compañía de seguros contra los accidentes del
trabajo, individuales y colectivos.

EL AMPARO DEL AGRICULTOR

Compañía de seguros sobre ganados y cose-
chas, éstas por el pedrizco y granizo.

Representante en esta comarca

D. JOSÉ ALSINA

CALLE DE LA RIERA, 25.—GRANOLLERS

J. VIDAL Y JUMBERT

Fulls del meu album

PREU 2 PESETAS

PUNTS DE VENTA: Feliu Estaper, Sumeras, 2
Imprempta d' aquest periòdich

I M P R E N T A

DE

FRANCISCO CUCURELLA

CALLE DE CORRÓ, 9.—GRANOLLERS

Impresiones de todas clases como tarjetas, sobres, papel para cartas,
prospectos, facturas, talonarios, programas, menús, participaciones de ca-
samiento y bautizo, esquelas de defunción, revistes, periòdichs, etc.

Especialidad en trabajos á varias tintas.